

VANESA CARLA BEN

Psicóloga diplomada
en Psicología
Ambiental y Desarrollo
Sustentable
Universidad Católica
de la Plata
ARGENTINA



El agua es un elemento de la naturaleza que tiene particularidades extraordinarias; funciona como un sistema vivo. Origen de toda vida y con un poder que reta cualquier frontera o construcción humana. Sin borde, recuerda su rumbo, irrumpe al desborde, se transforma frente al cambio de condiciones específicas. Genera condiciones para el desarrollo de la vida y también posee el poder para arrebatársela.

El colapso de una inmensa masa de hielo que se desprende de una montaña a gran altura en Nepal, arrasando a su camino con lagos, glaciares, ríos y desborde de lago glacial. Luego se mezcla con toneladas de lodo y rocas, multiplicando el caudal del río Bhote Koshi, destruyendo todo a su paso. El camino del agua en Nepal transformó el paisaje, territorio, poblaciones enteras, la historia de los pueblos y la vida de las personas. Nepal es un reflejo activo de la vulnerabilidad frente al poder del agua.

La huella de la vulnerabilidad e inestabilidad genera una convulsión interna, en una crisis humanitaria donde la vida nunca volverá a ser igual. Testigos de una destrucción que sepultó en segundos la historia de toda una vida y pueblos enteros, requiere repensar nuestro vínculo con la naturaleza.

El espectro de síndromes y respuestas clínicas de los afectados puede ser:

- Solastalgia: angustia profunda por la destrucción del propio hogar y entorno familiar
- Trauma de lugar: pérdida abrupta de la identidad cultural y comunitaria conectada a la geografía en esta casa sagrada del Himalaya.
- Trastorno de estrés postraumático: reviviscencia del rugido del aluvión, hipervigilancia y pánico ante diferentes estímulos.
- Duelo colectivo: parálisis emocional comunitaria debido a la pérdida simultánea de familiares, vecinos y medios de

subsistencia, en zona rural, cultivos y ganado.

También se deben incluir acciones colectivas, como, por ejemplo:

- Redes de apoyo mutuo para procesar el duelo y reducir el aislamiento social.
- Realizar mapa de riesgos participativos y colaborativos donde se puedan identificar zonas seguras y rutas de evacuación, que permita una sensación de control sobre el entorno.
- Simulacros y alertas comunitarias, organizar sistemas de vigilancia vecinal en los ríos para activar alarmas tempranas hechas por y para la comunidad.

Las políticas públicas deben contar con:

1. Sistema de Alerta Temprana Tecnológicas, con sensores automáticos en lagos glaciares y sirenas satelitales conectadas a los teléfonos celulares de la población.
2. Primeros auxilios psicológicos comunitarios con líderes capacitados locales, profesionales y personal médico entrenado en salud mental postdesastre.
3. Reubicación con nueva distribución vecinal para preservar el tejido social y bajar el impacto de desarraigo.
4. Infraestructura resiliente y regulación, sobre todo respetando los márgenes de los ríos.

En el mundo, existen más de 15 millones de personas en riesgo directo de sufrir un desastre idéntico al de Nepal a causa del colapso de glaciares o inundaciones por desbordes de lagos glaciales (GLOF). Estas amenazas se han multiplicado por seis desde el siglo pasado.

Los lugares con altas cordilleras están expuestos al peligro latente por glaciares inestables, como India, Pakistán, Perú, China, los Alpes europeos (Suiza y Francia), Alaska y las regiones montañosas de la Patagonia en Argentina y Chile.

El conocimiento en cada situación abordada requiere una gestión de ese conocimiento. La acción ya es conciencia hídrica, respeto por la biodiversidad, gestión de la conectividad y promoción de pensamiento sistémico. Los conocimientos basados en la naturaleza y en la sabiduría ancestral hídrica son un resultado de un aprendizaje cooperativo y colectivo.

Los desafíos de la humanidad deben poner en el centro de la agenda los conflictos hídricos y los desastres.

La resiliencia es la capacidad de adaptarnos, de resistir, de recuperarnos y de transformarnos. ¡La acción debe ser ya!



NO ERA UN ATENTADO IRANÍ; ES UN PROBLEMA CLIMÁTICO LA TURBIDEZ DEL AGUA EN ISRAEL

Cinco de las seis principales plantas desalinizadoras de Israel suspendieron temporalmente sus operaciones debido a la elevada turbidez del agua marina provocada por condiciones meteorológicas inusuales. El episodio obligó a restringir el suministro de agua potable destinado a la agricultura, especialmente en el sur del país.

La decisión, anunciada por la Autoridad del Agua, constituye un hecho poco habitual para un país que ha convertido la desalinización en uno de los pilares de su seguridad hídrica. Las instalaciones de Soreq A y B, Palmachim, Ashkelon y Ashdod, ubicadas principalmente en el sur, quedaron fuera de servicio de manera temporal. Al mediodía del lunes, únicamente la planta de Hadera, en el centro del territorio israelí, continuaba funcionando.

Las autoridades explicaron que la causa inmediata fue la “severa turbidez” del agua de mar. Aunque no se precisó qué fenómeno produjo las alteraciones, Israel registró lluvias veraniegas inusuales durante los últimos días. Personal especializado mantiene bajo vigilancia la calidad del agua y espera que las plantas puedan reanudar sus operaciones cuando el mar recupere condiciones adecuadas.

El impacto se hizo sentir particularmente en el desierto Néguev. En el consejo regional de Ramat HaNegev se interrumpió el suministro destinado a la agricultura, mientras que en Eshkol se pidió a los agricultores reducir inmediatamente el uso de agua dulce para actividades agrícolas y de jardinería, con el propósito de preservar el

abastecimiento doméstico. El agua reciclada procedente de la planta de tratamiento de Shafdan continúa disponible para determinados usos.

La interrupción se produjo además en un contexto de creciente preocupación internacional por la seguridad de las infraestructuras hídricas. Recientemente se denunciaron ataques informáticos contra sistemas de agua de Estados Unidos y una central eléctrica del Reino Unido, atribuidos por diversas fuentes a actores vinculados con Irán. Sin embargo, una fuente del sector citada por Canal 12 descartó que el cierre de las desalinizadoras israelíes tuviera un origen cibernético.

El episodio revela la importancia estratégica, pero también la vulnerabilidad, de un modelo basado en tecnologías avanzadas para garantizar el abastecimiento. Las seis plantas desalinizadoras israelíes aportan aproximadamente 800 millones de metros cúbicos de agua al año, mientras el país requiere unos 2.300 millones de metros cúbicos durante su año hidrológico.

A esta producción se suman alrededor de 700 millones de metros cúbicos procedentes de aguas residuales recicladas y agua salobre, utilizadas principalmente en la agricultura. En total, cerca de 1.500 millones de metros cúbicos corresponden a agua procesada. El resto procede de fuentes de agua dulce, como acuíferos y embalses.

Israel tiene previsto ampliar aún más esta capacidad. Una séptima planta desalinizadora, localizada en Galilea Occidental, debería comenzar a operar en 2027 y aportar otros 100 millones de metros cúbicos anuales.

La experiencia demuestra que incluso un sistema hídrico altamente tecnificado necesita diversificar sus fuentes y mantener capacidad de respuesta ante fenómenos meteorológicos extremos. En un contexto de cambio climático y creciente presión sobre los recursos hídricos, la seguridad del agua depende no solo de producir más, sino también de contar con sistemas resilientes capaces de enfrentar interrupciones inesperadas.